

*de vientre cincelado en edlidos marfiles  
y de muslos esbeltos como los tiernos pinos?*

*Quiero mirar en ti el rostro de estas aguas  
y el cuerpo de esta tierra de entrañas encendidas.*

*.....  
No importa que los días hagan distante el tiempo  
y que infinitos mares separen tu presencia,  
si tu recuerdo un arco tiende sobre los aires  
y te alzas en dominios de insulares contornos.  
Eres como tus islas circundadas de espuma  
que leves golondrinas coronan en la tarde,  
eres como los pinos ceñidos a los montes  
a cuyos pies el agua de los arroyos canto."*

¡Cuánta tersura, armonía, fluidez, realismo delicado sin el menor énfasis ni estridencia, afinamiento del instrumento lírico hasta la cadencia cabal, pureza contemplativa como un tacto de corolas, en el estilo elevadísimo de tu poeta venezolano, Niña del Japón!

A qué distancia nos hallamos ahora del rígido contorno de los diamantes líricos de Rubén: "Amame japonesas, japonesa — antigua que no sepa de naciones — occidentales: tal una princesa — con las pupillas llenas de visiones — que aun ignorase en la sagrada Kyoto — en su labrado camarín de plata — ornado al par de crisantemo y loto — la civilización de Yamagata". Este diamante del maestro del modernismo ha sido reemplazado por unos "líquidos cristales". Estas estrofas, admirables, pero hechizas y duras, no reflejan bien el suave discurrir de la ensoñación.

Y ensoñación tierna, blande, un poco gris como la lluvia, alternada con rayos de sol, albura de nieve y color y olor de hojas y flores en un panorama insular, lleno de recogimiento y simpatía y expresado por un gran talento lírico, tamizado por un corazón extraordinariamente sensitivo, es lo que a través de tu poeta nos has regalado para siempre, "Niña del Japón".

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ

<https://doi.org/10.29393/At400-50BNRS10050>

*Barco negro*, de CARLOS ROZAS LARRAÍN.

Empresa Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1963.

Es famoso en la literatura rusa el caso de Turguenev, cuando se reveló al público del resto de Europa con sus cuentos de un cazador. Hombre a caballo, el autor relataba allí los amaneceres en el campo, esas largas caminatas al sol y bajo la lluvia que deben hacerse para llegar a los sitios más frecuentados de las aves, y finalmente el júbilo, algo infantil, si se quiere, del cazador que cuenta las piezas cobradas, al término del día. Si esto, ade-

más, se divisa al través de la nostalgia y de un poco de melancólica distancia, tanto mejor.

Algo de esto hay en Carlos Rozas Larraín, que viene sorprendiendo hace muy pocos años al lector chileno con sus libros, fruto de la madurez y no improvisaciones de la verde juventud. El de ahora, *Barco negro*, contiene cuentos, en número de doce, donde vemos una sola nota de principio a fin, revelada por el autor en unas páginas preliminares sin título y que podríamos, a falta de él, llamar prólogo. Esta nota consiste en la presencia personal del autor en sus cuentos, quien los da así como fragmentos o capítulos de su autobiografía, para que cobren un valor dual: son arte, puesto que emplean las formas elaboradas propias de la literatura, y son historia, ya que antes fueron vida. Yo no puedo jurar que el autor ha visto efectivamente todo lo que cuenta. El relato titulado *La piedra del Batro*, de lo mejor que hay en este libro, muestra al autor sólo como testigo de una confesión unilateral. Pero sea como fuere, el hecho es que todos los cuentos de este volumen ostentan valor de humanidad sobresaliente, y el libro en conjunto se inscribe muy airoosamente en una galería de obras inspiradas en la vida del campo, de la sierra, de la costa, donde nombres como Federico Gana, Joaquín Díaz Garcés, Guillermo Labarca, Mariano Latorre, para citar sólo cuatro y no diez o veinte, hacen una muy discreta compañía al de este hermano menor. Porque el hermano es menor sólo por la edad, por haber llegado después, no por carencia de méritos ni porque su calidad sea menos egregia. Todo lo contrario: Carlos Rozas Larraín es un excelente escritor de cosas criollas, de quien es lícito esperar siempre sazonados frutos.

El cazador de Turguenef, montado en caballo de raza, manejaba una escopeta finísima que ayudaba al pulso de su amo. Nuestro compatriota emplea en sus andanzas también caballos finos, escopetas de marca y tenidas muy completas de cazador, y a todo ello añade otras no menos completas de pescador, porque en su libro los dos grandes y bellos deportes que están basados en el sacrificio de seres inocentes aparecen explotados en forma idéntica. A quienes no hemos tenido el privilegio de cazar ni de pescar nada, suele parecernos un tanto mentido el amor que estos expedicionarios dicen albergar por la Naturaleza. El cazador, por ejemplo, siempre irá pasmado por la dulzura del ambiente campesino cuando el sol comienza a dorar las más altas cumbres, y el pescador describirá con deleite el risueño curso de las aguas del río donde va a hundir su caña. Pero el ave y el pez forman parte de esa armonía, tienen un sitio preestablecido en ese cuadro, dan una nota, ocupan un espacio tal vez reducido pero de gran valor dinámico, puesto que antes de que el cazador corte su vida, se desplazan como seres vivos de un punto a otro. El cazador y el pescador, sin embargo, no parecen creer que el animal vivo vale más que el difunto, y con su escopeta y con su caña introducen la muerte en el contorno. Obvio es decir que el señor Rozas, deportista desde la más extrema juventud, no manifiesta en su libro la menor reserva acerca de la licitud final de la caza y la pesca.

Se comprende que el hombre mate a un ser irracional para devorar una

parte de su cuerpo, si el hambre lo acosa; pero se comprende ya un poco menos que mate por deporte, esto es, por gusto, esto es, sin necesidad. En las líneas que hemos llamado prólogo, el autor nos cuenta, a grandes pinceladas, su vida y allí aparece una noticia que puede ser útil: "Sentir entre mis manos —dice— el acero negro de una carabina, tan pulido y frío como pueden estarlo los largos dedos de una mano que no conoce aún la tibieza de la caricia, me producía una extraña sensación de ternura" (p. 9). Yo no juzgo errada la sensación: cada uno sentirá junto a una carabina lo que pueda; lo que sí veo es algo revelador. Al autor un arma de fuego le produce impresión de ternura, así sea ella tan mortífera como una carabina. Los que jamás hemos tenido una carabina en las manos, no podemos menos de pensar que esa arma cuando dispara mata, y en consecuencia siempre la contemplamos con alguna aprensión. No es temor, propiamente, es aprehensión ante el manejo descuidado, que puede llevar la muerte a seres inocentes, como un niño, como un hombre desprevenido, como un ave, que vuela a sus anchas por el espacio y que nada malo ha hecho al cazador que valientemente la acecha emboscado en el matorral...

De todo este preámbulo queda perfectamente en claro que el autor de estas líneas pertenece a una clase social muy distinta a la del señor Rozas Larraín. No es hombre a caballo, no sabe manejar armas de fuego, tal vez porque nunca ha tenido dinero holgado para poseerlas. Está, pues, en disponibilidad para juzgar los cuentos de *Barco negro* como una pura obra de arte, sin sentir pasmo ni deleite por las hazañas de caza y pesca, antes bien, sintiendo cierta discrepancia no fácil de disimular ante lo que ellas comportan de crueldad inútil.

Del libro, en conjunto, una vez que se han leído sus doce cuentos, emana una impresión de grande amor por la vida de aire libre y rústica, de modo que podría aislarse, para definirlo, entre otras sentencias, ésta que es bastante reveladora: "Allí llegaban patronos, mozos, peones de vacas, arregladores, laceros y domadores. Venfan trayendo de arreo o de cabestro sus mejores caballos. Tras ellos y por ellos llegaban las artistas del canto, del arpa y la vihuela; las tejedoras de chamantos y fajas de seda; los maestros de las espuelas, los frenos y los cuchillos; los montureros, los trenzadores de riendas, los afamados talladores de estribos..." (p. 247). Todos estos seres existen, y en la vida ocupan una posición circunscrita, ya que viven del campo y, dentro de éste, ante todo de la actividad ecuestre. A ello debería, además, para completar el cuadro, añadirse el interés emocionado por el caballo chileno, a quien se dedica en este libro una amena y casi elocuente digresión (pp. 59-62). Debe decirse, para orientar al lector profano, que esta vez *caballo chileno* no es simplemente el nacido en Chile, sino el que reúne ciertos caracteres anatómicos, con los cuales entra a un definido "pedigree".

La vida rústica a que se refiere el autor, la ha conocido él siempre de alto abajo, es decir, en calidad de patrón o de amo. "Creía en el campo —confiesa— y quise ser diestro en todas las faenas del campesino, del huaso, del arriero, del cazador" (p. 9). "De arriero, cazador de guanacos o domador de potrillos, me hice luego agricultor y huaso. Así aprendí a conocer

mejor la vida" (p. 11). Luego, en los relatos contenidos en el libro, siempre se ve al autor atendido por sirvientes que acuden espontáneamente a su ayuda, tratado con respeto y reverencia, lo que equivale a decir (aún cuando el autor por discreción a veces lo calle) que la sociedad de sus pares era la otra, la de los señores. Uno de los cuentos más tiernos de este libro, si bien no el más convincente desde el punto de vista literario, se titula *La pena de Marquitos* y muestra a un muchacho que tartamudea en forma invencible en los mismos instantes en que atiende y sirve a su idolatrado patrón. Después el patrón aparece sólo con un indio (*El lago*), y en otros relatos habla de las partidas de caza y de pesca como funciones, cuya preparación descansa, en parte al menos, en el trabajo invisible, pero eficiente de una red de mozos, guías, monteros y demás gente de servicio, a quienes se hace preciso pagar su esfuerzo.

Una de las lecciones propias del libro ha sido, por lo demás, señalada por el autor en el llamado prólogo, y dice así: "De todos los vistos y conocidos sacos, apenas, una conclusión muy simple y verdadera: creo, en general, más dignos de amor a los que son humildes, porque, al querer, dan siempre más que lo que piden..." (p. 13). En este caso, es notorio, los humildes a que el autor alude en globo, son también aquellos sirvientes y mozos a que nos referíamos hace un momento, es decir, a los muchos ayudantes de segundo plano y de categoría inferior que hacen posible el placer del rico que caza y pesca en horas de ocio. Bien está amar a los humildes, pero cuando se confiesa que se les ama, porque piden poco, lo que se confiesa es, asimismo, un reverendo egoísmo, el egoísmo propio del hombre a quien el haber vivido siempre en posición superior le tapa las sendas sensibles por donde pudiera llegar a su entendimiento el dolor de los que tienen menos. Yo no soy ningún demagogo, y no creo, por lo tanto, que el pobre sufra más que el rico sólo por ser pobre; pero sin ser demagogo comprendo perfectamente que el espectáculo de la abundancia junto a la necesidad hiera no poco a quien vive misero.

Por lo demás, cabe preguntarse, ¿qué harían los ricos si no estuvieran defendidos por espesas capas de este egoísmo impermeable que nos confiesa el autor en la sentencia que hemos copiado? Estarían siempre confusos, inciertos, atribulados, muertos de escrúpulos de conciencia, y de tanta aflicción no podrían acaso ni organizar partidas de caza y de pesca, que son cuanto cabe suntuoso y que son, asimismo, lo más inicuo del mundo por la pobreza de sus colaboradores. Cada tórtola se lleva consigo miles de pesos gastados en una pieza que al cazador finalmente no le interesará para otra cosa que para el registro personal de su vanidad, y por egoísta que sea, el rico cazador debe aceptar que esos miles de pesos caerían muy bien en el hogar del guía que ha echado durante un domingo entero los pies por servirle. Y no decimos los zapatos, porque esos seres humildes generalmente no los visten.

Para ser equitativos, debemos decir algo que el autor no dice. No le llama la atención sólo los seres humildes (guías, sirvientes, mozos) sino también los excéntricos, entre los cuales Siyney se eleva a la categoría maes-

tra porque figura en un cuento excelente (*Mala suerte*). Percy es algo de maqueta, pero también es simpático (*El tesoro de don Benó*); en tanto Spencer (*El solitario de la laguna*) tiene algo de inquietante y de siniestro, lo que no impide totalmente el contemplarle con simpatía.

A todo esto, se dirá el lector, ¿qué hay con el título? El título de este libro corresponde al nombre de su primer cuento, que fue distinguido en un certamen internacional abierto en 1960 por la revista "Life en español". Allí hay gente que vive en la orilla del mar, entre las rocas, levantando pequeñas construcciones con materiales de desecho para guarecerse de la intemperie, y pescando para matar el hambre, no por vía deportiva. También son individuos que beben a matarse, para saciar una sed que renace siempre enérgica, con lo cual resulta que caen en la miseria negra. Al emplear este adjetivo no se hace un juego de palabras con la expresión geográfica Isla Negra, que el autor empleó en su primera obra, ya que en el aristocrático ambiente de Isla Negra no hay miseria de ningún color. La miseria aludida es una que no tiene remedio y que el beber de manera desaforada no cura ni alivia sino sólo disfraza. Se bebe tanto, que no siempre sabe una madre que por allí ambula quién es el padre de cada uno de los muchos hijos que ha puesto en el mundo. Todo un cuadro, en fin, que parece asqueroso cuando se le cuenta así en resumen, y que es naturalmente mucho más asqueroso cuando se le recorre junto con el autor de ese cuento. El autor no ocupa en él papel de patrón ni otro alguno, y la verdad es que no comparece para nada.

Si se nos pide una opinión estrictamente personal, diríamos que nos gusta mucho más el autor cuando cuenta las cosas suyas, sus propias experiencias de cazador y de pescador, y que en cambio el cuento *Barco negro*, ajeno de todo a su experiencia inmediata, nos parece una obra algo forzada. En todo caso, parecen seductores aquellos relatos porque en ellos hay innumerables notas de simpatía humana, de afecto viril, entre el patrón y sus sirvientes; hay bellas descripciones de la Naturaleza; hay distancias, horizontes, cercanías y lejanías, vibraciones de la luz, colores; hay picardía, malicia, gracejo rústico, mil valores en fin de autenticidad. No necesita decir el autor que ha vivido desde chico en ese medio. Si no hubiese vivido en él, no habría podido evocarlo con tanta nostalgia, valor sustantivo en esta obra, uno de los más seductores entre los muchos que contiene.

Raúl Silva Castro.

*La tierra que les di*, de MERCEDES VALDIVIESO.  
Zig-Zag, Santiago, 1963

Cuando apareció *La Brecha*, en 1961, hubo no pocos escándalos y más de algún moralista refinado rasgó sus vestiduras, aunque la crítica en general se sorprendió y la elogió sin reticencias.

En cierta manera esta reacción fue perfectamente explicable, pues la novelista saltaba del anonimato a la palestra con una obra recia, de con-